

GLORIA

¡Si no acaba de hacer tiro! Y como el señor Quintana...

PABLO

Para mí está bien, déjalo. ¿Cómo te encuentras?

GLORIA

Peor, no.

PABLO

¿Mejor tampoco?

GLORIA

No, mejor tampoco; pero me da pena por lo que mortifico. A la pobre Carmen ¡le doy unos trajines!

PABLO

¿Te cuida, verdad?

GLORIA

Y de su natural, no creas. Se la ve que no es por cumplir lo que hace conmigo. Como si nunca hu-

biera hecho otra cosa que cuidarme, y mejor que me han cuidado nunca.

PABLO

Ahora vas á recogerte; la casa está revuelta y tú tienes fatiga.

La abraza y la besa en la frente.

GLORIA

Allá voy; adiós.

PABLO

Adiós; cuando estés acostadita, llama para que te abran el balcón.

GLORIA

¿Crees tú de verdad que hoy no será malo con el frío que hace?

PABLO

Así lo creo; no te apures; irá Carmen.

GLORIA

No, la pobre. ¿Vas á molestarla? ¡Con la ilusión que le hacen estas cosas y las flores y el tener la sala á punto y todo lo del té, que lo compró ella misma! Entonces ya no llamo; esperaré.

Se va por la lateral derecha segundo término.

Adiós, Isidro; adiós, hermano.

PABLO

La quiere mucho.

ISIDRO

Sí, señor: también la quiere mucho; el caso es que parece que la queréis todos más que yo.

PABLO

Padre...

ISIDRO

Hijo mío, escucha un poco...

PABLO

No, no, Isidro; no siga usted por el camino de estos días; Carmen tiene razón. Se empeña usted en manifestarme á todo propósito un agradecimiento que está casi siempre fuera de lugar. Ser agradecido es noble; pero sin humillación servil. Bien está el cariño; pero no exagerándolo de modo que raye en fanatismo.

ISIDRO

Sin tu hombría de bien, ¿qué sería de este pobre viejo?

PABLO

Por querer á su hija de usted con toda mi alma, no fuí más malo ni más bueno.

ISIDRO

Es que habrías podido quererla y despreciarla; yo me entiendo. Y despreciarnos á los dos, con la poca guarda que hacíamos de casa. No te agradezco yo que la quisieras; pero que hicieras de ella tu mujer—y á ruegos míos—sí. ¿Tampoco es bueno?

PABLO

No, no, Isidro; es malo. Parece que prescinda usted de que nos casamos, ante todo, porque nos queríamos.

ISIDRO

Bien, pero además...

PABLO

No, no; por nada más. Si yo creyera que mi casa tenía esa falsedad en su base, ahora podría tener remordimientos.

ISIDRO

¡Valiente manera de acusar á tu mujer! ¡Ya estás buscando á quién echarle la culpa!

PABLO

¿Yo? No, tampoco... Aunque al cabo, vaya usted á saber si la culpa sería mía y de usted y de todos más que de ella.

ISIDRO

¡Mía, sólo mía! No te apures; ¡sí, aquí estoy yo

para recibir los golpes! ¡Me está bien empleado, por apartarme de lo mío para quererte á ti más de la cuenta; con fanatismo, Pablo, tal vez con fanatismo! Pero por lo que me aproveche no será.

PABLO

Pues á ella es necesario que le demuestre usted más cariño en adelante. Piense usted que acosándola y reprendiéndola á todas horas la exaspera. Yo no niego que sea usted un buen padre; pero...

ISIDRO

Cuanto á eso, ¿ves tú? ni tanto así que me digas lo tolero. Para sostenerla, hasta en tu caso y cuando pude, me basté. Si hoy mortifico y reprendo, como dices tú, cuenta me tiene. El cariño que es para consentirla y no es para castigarla, no es cariño. Primero me acomodará salirme de esta casa—y á pedir limosna donde sea—que estando en ella y viendo llaga, no ponerle el dedo encima.

PABLO

Yo creo que estando en mi casa, lo primero que le acomodará á usted, Isidro, es mi acomodo. Querer como usted quiera y hacer como yo diga, que voy á tomarme el trabajo de pensar por usted; guar-

dar silencio á Carmen en lo que son cuestiones de ella y mías; vestir como mi padre que es y no mi criado; dejar á Dios el castigo y usar usted el perdón: el acomodo mío y de mi casa es éste... ¿me ha entendido usted?

ISIDRO

¡Prefiero dejarla!

PABLO

Como usted decida; pero no sin que antes le diga que no tiene usted razón.

ISIDRO

¡Ni sin que tú me oigas antes; para que veas que la tengo!

Dice esto al marcharse y con un gesto de amenaza: se va precipitado por el fondo.

PABLO

Un poco desconcertado y tratando de retener al viejo.

¡Isidro, Isidro; padre!

Casi tropieza con CARMEN, que vuelve otra vez á la sala.

CARMEN

¿Qué gritos son éstos?

PABLO

¿Dónde está tu padre?

CARMEN

Tropezó conmigo en el corredor; iba hablando solo; cada día está más loco; ¿habéis reñido?

PABLO

Por una vez; y creo que estuve con él demasiado duro.

Vuelve á la puerta del fondo.

¡Isidro, padre!

CARMEN

Que se habia sentado junto á la chimenea y que está, con los hierros, atizando el fuego.

¿Pero quieres callar y no ponerte así por él?

Va á llegar Quintana y sería edificante que le recibiéramos á gritos.

PABLO

No te alarmes; se le recibirá como merece.

CARMEN

¡No, si á mí me da lo mismo, tonto! Yo ni entro ni salgo. Es á ti á quien mandan á Alemania, para hacerle honor á tu buen entendimiento y á tu buen juicio.

Aparece en la puerta ISIDRO, que grita descompuesto.

ISIDRO

¡Aquí me tienes, Pablo! Y á ese hombre allá; que espera.

CARMEN

Con indignación.

“¡Ese hombre!” ¿está loco? ¿quién quiere usted decir? ¿se puede saber?

ISIDRO

Con sarcasmo agresivo.

Ahora entra el hacerte tú la niña y el explicarle á tu marido lo que quieras... ¡yo no, yo cómo!... ¡pero, para tranquilidad tuya, te advierto que está ciego!

PABLO

¡Isidro!

CARMEN

¡Padre!

ISIDRO

El dedo en la llaga: ese hombre espera y tú verás lo que has de hacer. A mí me han dicho que me esconda y lo prefiero.

Va á salir por la puertecita de escape del fondo.

PABLO

Deteniéndole con la voz.

¡Padre!

Entre tanto CARMEN, asustada, trata de buscar refugio en su marido.

CARMEN

¡Pablo!...

PABLO

A ISIDRO y teniendo medio abrazada á su mujer.

¡Hasta que yo no levante mano de ella, es mi mujer! ¿Lo olvida usted? Pues como yo no puedo arrancarle á usted la lengua, ni usted darme explicación que sea limpia, después de manchársela de este modo, ¡ahora sí que le toca á usted salir de casa! Y si ella no perdona, hoy mismo.

ISIDRO

¡Estaba descontento!

CARMEN

¡Pero ahora dejadlo; ahora, Quintana!...

PABLO

Ahora tú vas á hacerme el favor de irte adentro con mi hermana, que necesita de ti.

CARMEN

¿Le das la razón?

ISIDRO

Desde el fondo y al marcharse por la puertecita.

¡Tú me la das!

Sale.

PABLO

¿Me obedecéis?... ¡Por una vez, yo mando aquí!

CARMEN

Marchándose por la lateral derecha de segundo término y con despeho.

¡Está bien, Pablo!

Aparece ENGRACIA por la puerta del fondo y dice trivialmente, anunciando:

ENGRACIA

Don Julio Quintana.

PABLO

En voz sorda, de ira.

¡¡¡Julio Quintana!!!

Se abalanza al ramo de flores que CARMEN colocó en el centro de la mesa, lo destroza entre sus manos, lo echa al fuego. Luego, dominándose, procurando dar á su voz un tono de tranquilidad añade, vuelto á ENGRACIA.

Al señor Director general, que pase.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El llamado laboratorio de Pablo: un cuarto grandote, de paredes blancas y lisas. Habrá un tablero grande con algunos instrumentos, no muchos, pero los necesarios para dar la sensación de una labor tenaz y seria. Algunos taburetes, algunas sillas.

Al fondo, la puerta de cristales, con visillos blancos, que conocemos desde el acto anterior. A la izquierda, una puertecita pequeña comunicando con un recuarto donde se supone instalada la estufa; más á primer término, otra puerta que comunica con el interior de la casa. A la derecha, una ventana bastante grande, de vidrios cuadrados.

Al levantarse el telón estarán los tres estudiantes de charla, esperando al profesor.

ESTREMERÁ

No vendrá.

GUEVARA

Por lo menos, á su hora.